

DIA VII.

MARTIROLOGIO.

LA DICHOsa MUERTE DE SAN PROSDOCIMO, en Padua, primer obispo de esta ciudad; ordenado obispo y enviado á ella por el apóstol san Pedro á predicar el Evangelio; en cuya mision resplandeció por sus muchas virtudes y milagros, y murió en santa paz. (Fué griego de nacimiento y conoció al principe de los apóstoles en Antioquia y le acompañó á Roma. Consagrado obispo de Padua, plantó la fe en ella y en las vecinas ciudades de Concordia, Vicenzi, etc. Tiene una suntuosa capilla de mármol en la iglesia de Sta. Justina de aquella ciudad.)

SAN ERCULANO, obispo y mártir, en Perusa. (Era monge de S. Benito cuando en el año 544 fué sacado del claustro para ser consagrado obispo. S. Gregorio papa, en su libro 3.^o *Dialogarum*, cap. 13, habla de las virtudes de este Santo.)

SAN AMARANTO, mártir, en el mismo dia; el cual terminó su vida en Albi, peleando por la fe católica, y vive en el cielo. (Sus reliquias estuvieron mucho tiempo escondidas; pero el Señor manifestó despues su sepulcro con grandes milagros. S. Eugenio de Cartago, que fué desterrado á las Galias, quiso morir junto al sepulcro de este santo mártir.)

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS HIERON, NICANDRO, HESIQUIO Y OTROS TREINTA, en Melitina en Armenia; los cuales fueron coronados en la persecucion de Diocleciano, siendo presidente Lisias. (Despues de azotados con la mayor crueldad, los hicieron correr por un carril de fuego, y últimamente los degollaron.)

LOS SANTOS MÁRTIRES AUCTO, TAURION Y TESALÓNICA, en Anfipoli en Macedonia.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MELASIPPO, ANTONIO Y CARINA, en Ancira, en tiempo de Juliano Apóstata.

SAN ENGELBERTO, obispo, en Colonia; quien padeció martirio en defensa de la libertad de la Iglesia, y por obedecer á la Iglesia Romana. (Federico conde de Isemburgo, trató de apoderarse de los bienes de la Iglesia, y oponiéndose el santo obispo, tramó aquél una conspiracion, y cierto dia en que Engelberto iba á consagrar una iglesia, en medio del camino fué embestido por unos salteadores, que le quitaron la vida por los años de 1223. Su santidad fué despues atestiguada con repetidos milagros.)

SAN AQUILES, ó AQUILAS, obispo, en Alejandria, esclarecido por su doctrina, fe, erudicion y costumbres. (Era egipcio, y dotado de ingenio privilegiado, estudió las sagradas letras en la famosa escuela de Alejandria, la cual ilustró despues como otro de sus maestros. El patriarca S. Pedro le confirió las órdenes sagradas, y en el año 311 fué elevado á la silla patriarcal de aquella ciudad. En el año 312 admitió

á la comunión eclesiástica al diácono Arrio, que habia sido separado de ella por su predecesor, y creyendo cándidamente en sus muestras de sincero arrepentimiento lo elevó al sacerdocio. Murió el Santo en el mismo año de 312.)

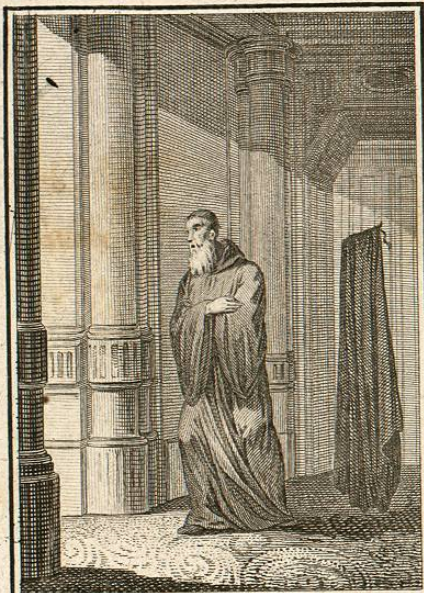
LA DICHOSA MUERTE DE SAN WILIBRORDO, obispo de Utrecht en Frisia; el cual fué ordenado obispo por el papa S. Sergio, y predicó el Evangelio en Frisia y en Dinamarca. (Nació en el reino de Nortumberland y fué el primer obispo de la Iglesia de Utrecht. Murió por los años de 738.)

SAN RUFO, obispo y confesor, en Metz.

SAN FLORENCIO, obispo, en Strasburgo. (*Véase su vida hoy.*)

SAN FLORENCIO, OBISPO Y CONFESOR.

FUÉ S. Florencio un hombre distinguido por su nacimiento; pero mucho mas por el desprecio que hizo de las honras y estimaciones del mundo. Embebido en el espíritu de la religion cristiana, que es espíritu de humillacion y de muerte, aborrecia la vanidad del siglo, y miraba con horror los gustos y las viciosas inclinaciones de la naturaleza. Pero siendo dificultoso vivir en medio del mundo, y no dejarse llevar de la corriente, estar entre los hombres, y no seguir las ideas populares; profesar la sabiduria del Evangelio, donde es dominante la sabiduria mundana, escogió Florencio el partido mas seguro, que es sin duda el de la religion. A ella, por decirlo así, como que se ha retirado la perfeccion del cristianismo, y en ella se puede profesar la virtud á cara descubierta. Llevóle la inclinacion el retiro de los claustros, y se fué á encerrar en ellos. Eligió la religion de san Benito para consagrarse á Dios. Esta sagrada orden no está tan únicamente dedicada al ejercicio de la contemplacion y de la soledad, que alguna vez no permita taracearle ó alternarle tambien con el ministerio de la predicacion. Sabiendo Florencio que tres monges, Arbogasto, Teodato é Hidulfo habian resuelto seguir esta vocacion con el fin de ganar almas para Jesucristo, se asoció á ellos en el ministerio apostólico, y pasó á la Alsacia, donde hizo muchas conversiones. Pero siendo estrecho aquel campo á la dilatacion de su zelo, se estendió tambien á las provincias comarcanas, fecundando abundantemente las dichosas tierras que regó con sus zelosos sudores, y cultivó con sus apostólicas fatigas. Por este tiempo fué nombrado S. Arbogasto para el obispado de Strasburgo, con cuya ocasion se retiró S. Florencio al bosque de Haslen, y en él se dedicó á la vida solitaria. Ocupábase principalmente en la oracion, la que solo interrumpia para dedicarse algunas horas al trabajo de manos. Cultivaba con las su-



S. FLORENCIO O. Y C.

vas una reducida huerta, de cuyos frutos se sustentaba. Faltábale habitación, y quiso fabricarla; pero á la moda de los verdaderos solitarios, que no teniendo en la tierra ciudad permanente, suspiran sin cesar por la eterna mansion de los bienaventurados, en que al fin se ha de terminar la penosa peregrinacion de esta miserable vida. Con este motivo sucedió un caso singular. Habiendo fabricado nuestro solitario una pobre choza ó una estrecha celdilla para su habitación, salian del bosque los brutos y las fieras, y á su vista, ciencia y paciencia le echaban por tierra todo su trabajo. Como el Santo no tenia armas para espantarlas, ni instrumento ó mueble alguno de caza con que defenderse de aquella guerra cotidiana, no sabia qué hacerse, ni qué medio tomar para contener aquella especie de conjuracion; pero los santos para todo tienen siempre un recurso muy seguro en su misma santidad. Con su confianza en Dios dispó aquel populacho sedicioso, ó por mejor decir, le encadenó todo al pié de su cabaña. Mandó en nombre del Señor á toda aquella tropa de brutos y de fieras que se juntasen á la puerta de su choza, y que ninguna desamparase el puesto sin su órden espresa. Fué puntualmente obedecido, y todo aquel feroz vulgacho, amotinado antes con su trabajo, quedó tranquilo, manso y apacible á la voz de su precepto. Sucedió por este tiempo que hallándose el rey Dagoberto en su palacio de Kyrchein, salió á una batida; pero con tanta desgracia, que habiendo corrido la mayor parte del bosque, no se descubrió ni el vestigio de una fiera. Insensiblemente llegaron los batidores á la gruta de nuestro Santo, y quedaron todos asombrosamente sorprendidos cuando vieron una multitud de fieras, que sin espantarse de los perros ni de los cazadores se mantenian quietas, sosegadas y seguras bajo la proteccion del nuevo Adán. Era como un vivo remedo del nacimiento del mundo, en que por privilegio de la inocencia original se sujetaba al hombre el animal mas feroz, llevando aquel en la frente, por decirlo así, el carácter de su supremo dominio, que respetaban dóciles los brutos mas atrevidos. La santidad del siervo de Dios renovó en él este privilegio del estado de la inocencia. Pero los que fueron testigos del prodigio, no discurrieron con tanta piedad. Persuadidos á que allí habia cosa de encanto, y á que no era posible tener sujetos aquellos animales sin que aquel hombre se entendiese con el diablo, le maltrataron á su satisfaccion, despojáronle de su túnica, y fuéronse con ella. ¿Qué hizo entonces el siervo de Dios? Lo que debe hacer todo buen discípulo de Cristo. Fuése tras ellos con gran paz, sin encono, sin turbacion, y los dijo con alegre mansedumbre: *Hermanos, tomad tambien esta hacha,*

que es lo único que me ha quedado. Así hablan los santos, nunca mas alegres que cuando despojados de todo, solo poseen á Dios; pues cuanto menos tienen en la tierra, se hallan mas espeditos, mas ligeros y mas ágiles para elevarse hasta Dios, que debe ser su eterna posesion en el cielo. Practicó á la letra nuestro solitario el consejo del Hijo de Dios: *Si alguno te quita la túnica, alárgale tambien la capa;* pero este ejemplo no hizo fuerza á los que con poca humanidad le despojaron, aunque tardaron poco en conocer lo mucho que valia aquel hombre á quien acababan de ultrajar. Volvíanse todos por su camino, cuando un suceso los hizo abrir de repente los ojos y admirar la virtud del solitario. Tenian que pasar por un pantano, y al llegar á él se pararon inmóviles los caballos. Conocieron su error, y retrocediendo adonde estaba el siervo de Dios le restituyeron lo que le habian llevado, y le dieron satisfaccion. Refirieron al rey sus aventuras, y el rey despachó un criado al santo solitario, rogándole que pasase á la corte; hizolo Florencio, y apenas entró en palacio cuando le honró Dios con un milagro. Batilde, hija primogénita del rey Dagoberto, era ciega y muda desde su nacimiento: al instante vió y habló, siendo sus primeras palabras otro segundo prodigio; porque dirigiéndose al Santo le saludó de esta manera: *Seas bien venido, Florencio, siervo de Dios,* siendo así que hasta entonces ninguno sabia su nombre. Desde el cuarto de la princesa pasó Florencio al del rey, y no habiendo en la antesala quien tomase su manto, le colgó en el aire, á un rayo del sol, donde se mantuvo todo el tiempo que duró la audiencia. Asombrado el príncipe de ver maravillas sobre maravillas, hizo donacion al Santo de una parte del bosque para que fundase un monasterio, que fué muy célebre por la santidad del maestro, y por la obediencia de los discípulos, sin que S. Florencio dejase de cuidar de él, aunque fué consagrado obispo de Strasburgo por muerte de S. Arbogasto, mirando siempre su corazon con ojos paternales los progresos y la observancia del monasterio. Doce años ejerció el oficio pastoral con una vigilancia digna de su caridad y de su zelo; y habiendo derramado hasta muy léjos el olor que exhala la santidad, murió para vivir eternamente en la gloria el día 7 de noviembre del año del Señor de 675, segun el cardenal Baronio.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue:

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que en la venerable solemnidad de tu confesor y pontífice S. Florencio aumentes

en nosotros el espíritu de piedad, y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 8 del apóstol S. Pablo á los romanos.

Hermanos : Todos aquellos que son movidos por el espíritu de Dios, son hijos de Dios. Porque no habeis recibido otra vez el espíritu de servidumbre para temer, sino que recibisteis el espíritu de adopción de hijos, en virtud del cual clamamos : Abba (Padre.) Porque el mismo espíritu hace fe á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, tambien somos herederos : herederos ciertamente de Dios, y coherederos de Cristo ; para que si padecemos con él, tambien con él seamos glorificados.

REFLEXIONES.

Si para ser uno perfecto no se necesita mas que cierta compostura exterior, cierta devoción aparente, y cierta virtud de buena crianza, no seria pequeño el rebaño á quien tiene Jesucristo prometido el reino de los cielos. No es menester mucho entendimiento, mucha educacion, ni demasiada docilidad de genio para tomar fácilmente el aire, los modales y el lenguaje de un hombre ajustado, especialmente siendo de algun cuerpo ó familia religiosa, donde á todos se les procura dar buena crianza, y donde nunca faltan modelos excelentes. Todos saben acomodarse al gemio de aquellas gentes que solo hacen aprecio de la virtud. La ambicion, el interés, la pasión y el amor propio poseen admirablemente el arte de disfrazarse, y concurren á la simulacion con grande facilidad. Ninguno gusta de desacreditarse, y un natural blando, oficioso y condescendiente sabe guardar sus medidas. El agrado, la moderacion y la cortesania encubren muchos defectos. A favor de aquellas prendas se logra el concepto de hombre de bien y de cristiano, sin ser uno muy devoto ni matarse mucho por serlo. El espíritu de política ocupa el lugar del espíritu de Dios y de la verdadera virtud. Como se desempeñan las obligaciones del empleo ó del estado con alguna felicidad ; como se logren los fines, se repara poco en la calidad de los medios, ni en los artificios que se suelen poner en ejecucion. Esta virtud aparente y superficial engaña ; y no pocas veces oculta un interior poco arreglado : desorden tanto mas digno de temerse, quanto es mas universal. Por otra parte, el ejemplo hace que se viva sin desconfiar del propio corazón, al mismo tiempo

que éste se está burlando del pobre entendimiento. Vive se entonces sin espíritu interior, y no es aquel hombre mas que un fantasma de cristiano ó un religioso de perspectiva. No nos hace ya obrar el espíritu de Dios : el hombre solo es el que regula todas sus operaciones, y el que las anima. Pero si totalmente son hijos de Dios aquellos que obran en todo por el espíritu de Dios, ¿ serán muchos los hijos de este Padre celestial? Y si la herencia está destinada únicamente para los hijos, ¿ qué legitima tocará á la mayor parte de los hombres? Claro está que cuesta á la naturaleza esto de ser fiel á los impulsos de la gracia : claro está que es menester luchar continuamente contra el hombre para seguir con fidelidad los movimientos del espíritu de Dios. ¿ Pero qué mayor gloria, qué mayor consuelo, que el título de hijo de Dios, fruto necesario de esta constante fidelidad? A la bondad de Dios pertenece vigorizar nuestra flaqueza con la impresion de su espíritu, y á su sabiduría prepararnos estos recursos sin dispendio de nuestra libertad. De esa manera nos deja el mérito de las buenas obras, y él conserva la gloria de ser amado y servido por nuestra propia eleccion. A los judíos los trató el Señor como siervos, de quienes en todo caso queria hacerse temer ; pero á los cristianos los trata como á hijos, de quienes principalmente pretende hacerse amar. Parece que nos permite olvidar aquellos títulos suyos que representan su majestad, su grandeza y su poder, porque no nos inspirasen quizá un respeto demasadamente tímido y cobarde, para que solo nos acordásemos del amoroso dictado de padre : amabilísima cualidad que nos asegura bien de su amor, y le merece bien el nuestro. El testimonio que aquí da el Espíritu Santo, es el de la buena conciencia : no hay otro menos sospechoso ni de mayor consuelo. A la verdad, Señor, mientras vivo en este mundo, no puedo estar plenamente seguro de que soy del número de vuestros hijos ; pero el desasosiego y la inquietud que me causa esta misma duda, no deja de ser prueba de que os amo y de que soy vuestro.

El Evangelio es del capítulo 10 de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas : Todavía está con vosotros la luz por poco tiempo. Caminad mientras teneis luz, para que no os sorprendan las tinieblas : y el que camina en las tinieblas no sabe adonde va. Mientras teneis luz, creed en la luz, para que seais hijos de la luz. Estas cosas habló Jesus, y se escondió de ellos.

MEDITACION.

Del tiempo perdido.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no hay en esta vida pérdida mas irreparable ni de mayor consecuencia que la pérdida del tiempo. Perdí una hora, perdí un día; ya no tiene remedio: para siempre quedaron perdidos este día y esta hora. Todas las demás pérdidas tienen recurso. ¿Perdióse la salud? puede recobrase. Un robo, un incendio, un naufragio admiten remedio; en los negocios mas desbaratados no falta á la esperanza algun recurso; háyle en la pérdida de una batalla, en la de un pleito, en la del honor, en una desgracia. Ya se sabe que en el curso de la vida hay altos y bajos: el que cayó puede levantarse; y sobre todo, á falta de los recursos ordinarios y naturales hay los sobrenaturales y milagrosos, pudiendo hacerse por milagro lo que es imposible de otra manera. Solo la pérdida del tiempo es sin esperanza de recobro. No puede hacer Dios con todo su poder que el día de ayer no se hubiese pasado, ni que no se hubiesen perdido tantos años empleados en tus gustos. Podrás vivir todavía algunos meses: podrá Dios prolongarte la vida todo lo que fuere su divina voluntad; pero no puede hacer que el tiempo pasado torne. Podrás emplear mejor los días que te faltan; pero no podrás hacer volver los que perdiste. ¿Se comprende bien la magnitud, la gravedad y las consecuencias de esta pérdida?

En esos días mal empleados, ¡cuántas gracias se perdieron, que estaban preparadas, destinadas y aligadas precisamente á ellos! Acaso de esos días estaba pendiente la gracia de nuestra conversion, de la vocacion y de la perseverancia. Alumbraba entonces el sol, y ahora va declinando al ocaso: teniamos bastante camino que andar; pero tambien teniamos mucho día: ahora nos falta todavía mucho, y ya va entrando la noche; está para esconderse aquella luz, sin la cual no se sabe adónde se irá á parar. Ya no es tiempo de ponerse en camino: se despertó muy tarde, y no hay día para ir al mercado á hacer provision de aceite: llegará sin duda el esposo cuando no estemos en casa. Aquellos hermosos días de una florida juventud; aquellos brillantes años de una edad llena de vigor y de robustez; aquel noble y mejor trozo de la vida que se consumió y se malogró en una delicada ociosidad, todo este precioso tiempo se nos concedió precisamente para que hiciésemos nuestro viaje. Detuviéronte en él los pasatiempos, el regalo y las alegres compañías: al declinar la

edad, en aquellos días tristes, anublados y pequeños, acompañados de tantos achaques, se conoce que fué demasiada la detencion, y se quiere poner en camino cuando ya solo se debia pensar en retirarse. Gentes del mundo, mujeres profanas, jóvenes divertidos, que malograis los mas bellos días de la vida, aplicaos todas estas alegorias, y comprended bien este discurso figurado.

PUNTO SEGUNDO. — Considera ¡qué sensible es una pérdida de la mayor consecuencia cuando es irremediable! Tal es la pérdida del tiempo. En medio de eso, esta pérdida se hace con gusto, se hace riendo, y aun se sentirá mucho no hacerla. ¿Pero son cristianos los que obran de esta manera? ¿son siquiera racionales? ¿no es esta una especie de locura? Por lo menos ¿hay otra mas lastimosa, ni que sea seguida de mas cruel, aunque de mas inútil arrepentimiento?

Todo el tiempo que se empleó en el juego, en vanos pasatiempos y en espectáculos profanos, es tiempo perdido. Todo el que se gastó en vestirse, en peinarse, en afinarse para la vanidad, y en seguir escrupulosamente la moda, es tiempo perdido: todo el que se dedicó al regalo, á la delicadeza y á una insensible ociosidad, es tiempo perdido: todo el que se ocupó en negocios, en pretensiones, dictadas principalmente por la codicia, por la ambicion, ó por alguna otra pasion humana y natural; el que se malogró y se desperdició en inutilidades, en fruslerías, en bagatelas y en unas purísimas nadas, todo es tiempo perdido y de todo él nos ha de pedir estrecha cuenta aquel Señor, que solamente nos le concedió para aprovecharle bien en orden á la otra vida. ¡O Dios, qué cuenta! ¡ó Dios, qué pérdida! ¡ó Dios, qué dolor!

Piérdese este tiempo tan precioso, y se pierde sin remordimiento; tal vez solo se siente el no saberse en qué perderle. La gente de distincion, los mas señalados por sus conveniencias, por su nacimiento, por su clase, por sus empleos, por sus dignidades, esos son los que de ordinario le aprovechan peor. Pero en la última enfermedad, cuando está para acabarse el tiempo y se acerca la eternidad, entonces se acude apresuradamente á los ministros del Señor, se recurre á prontos expedientes; se quiere hacer en algunos instantes poco libres, y en los cuales apenas sabe el pobre moribundo lo que se hace; se quiere hacer, digo, aquel grande, aquel espinoso negocio, para el cual nos habia concedido Dios todo el tiempo. ¿Pero no son una especie de mojanganga, en punto de religion, todas esas devocio-

nes forzadas en la última hora; todas esas apariencias de dolor, y todas esas reflexiones demasíadamente tardías? Se ha tenido toda la vida para trabajar en la salvacion; no hay edad, clase, condicion, ni estado que nos dispense de esta obligacion: este es el grande, el único negocio de toda la vida; ¿pues qué pensarán en la última hora los que al presente no piensan en él?

Conozco, mi Dios, la irreparable pérdida que he hecho; pero ya que por vuestra misericordia todavía me concedéis algunos dias de vida, propongo, con vuestra divina gracia, no perder un instante de tiempo.

JACULATORIAS. — Mientras tenemos tiempo, aprovechémosle bien. (*Galat. 6.*)

Ansiosamente desea, Señor, mi alma guardar tus santos mandamientos por todo el tiempo de mi vida. (*Psalm. 118.*)

PROPOSITOS.

1 El tiempo es precioso, es corto, y su pérdida es irreparable. ¿Quién puede convenir en estas tres proposiciones evidentes, y perder tiempo? Sin embargo, el tiempo se pierde todos los dias, y toda la rapidez con que vuela no es bastante á moderar la ansia con que deseamos verle pasar. Cuenta hoy tus años; numera tus dias; ¿cuantos has perdido? ¿qué pocos hallarás que no hayas malogrado! Pues en verdad que la pérdida es de consecuencia, porque al fin nuestros dias son contados, y no hay siquiera uno de que no se haya de dar estrecha cuenta. Esta pérdida es irreparable; porque ¿como se repararán quince ó veinte mil dias mal empleados y perdidos? No hay otro recurso que á la misericordia de Dios, y á aprovechar bien los que nos restan. No pierdas un instante de tiempo, y observa fielmente los consejos que se siguen.

2 Todos los dias en la oración de la mañana, en la misa, y en el exámen de la noche, pide á Dios perdon del tiempo que has perdido. Cualquier recreo ó cualquiera honesta diversion que tomes, santificala tanto en el motivo ó en la intencion como en el mismo ejercicio. Y para eso determina un número fijo de actos de amor de Dios que has de hacer todo el tiempo que ella durare, como tambien en el de comida y cena. De aquel tiempo que tienes destinado para recrearte ó para descansar, emplea media hora cada semana en oracion ó en otras buenas obras. Cada año has de escoger un dia, que todo él debes dedicarle á rescatar el tiempo, como habla el Apóstol (*Ephes. 5.*), empleán-

dole en oraciones, en penitencias, en buenas obras, haciendo mas cuantiosas limosnas, y no perdiendo ni un solo instante de aquel dia. El mas propio para este santo ejercicio es el dia en que cumplen años. Nunca dejes de acusarte en todas las confesiones del tiempo que perdiste, bien persuadido á que es una falta de mucha consideracion.

DIA VIII.

MARTIROLOGIO.

LA OCTAVA DE TODOS LOS SANTOS.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MÁRTIRES CLAUDIO, NICOSTRATO, SINFORIANO, CASTORIO Y SIMPLICIO, en Roma, en la via Lavicana, tres millas distante de la ciudad; los cuales primero fueron encarcelados, despues cruelmente azotados con escorpiones, y perseverando constantes en confesar á Cristo, por mandato de Diocleciano fueron arrojados al rio. (*Véase su noticia juntamente con la siguiente de los cuatro santos Mártires coronados.*)

EL TRIUNFO DE LOS CUATRO SANTOS MÁRTIRES CORONADOS SEVERO, SEVERIANO, CARPOFORO Y VICTORINO, HERMANOS, en la misma via Lavicana; los cuales en tiempo del mismo emperador fueron azotados con cordeles emplomados hasta espirar. No habiendo podido por entonces averiguarse sus nombres, que años adelante se supieron por divina revelacion, se ordenó que todos los años se celebrase su festividad en este dia; bajo la invocacion de los cuatro Santos coronados; con cuyo titulo ha proseguido la Iglesia honrando su memoria aun despues que se descubrieron sus nombres. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

SAN DEUSDEDIT ó DIOSDADO, papa, en Roma; cuyo mérito fué tal para con Dios, que sanó á un leproso con solo besarle. (Fué elegido sumo pontifice, y consagrado el dia 13 de noviembre del año 614: trabajó en el arreglo de la disciplina, y dió excelentes reglamentos á favor de la Iglesia, distinguiéndose muy especialmente por su inagotable caridad con los enfermos pobres. Murió por los años de 617.)

SAN WILLEHADO, en Brema, primer obispo de esta ciudad; el cual junto con S. Bonifacio, cuyo discipulo era, predicó el Evangelio en la Frisia y en la Sajonia. (Tal era su fervor en los ejercicios de penitencia, que fué precisa una orden del papa Adriano para que comiese un poco de pescado á fin de reparar su quebrantada salud. Cada dia rezaba todo el Salterio, socorria á muchos necesitados, celebraba el santo sacrificio, y predicaba la palabra de Dios al pueblo.)

SAN GODEFRIDO, obispo de Amiens, en Soisons en Francia, varon de eminente santidad. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN MAURO, obispo y confesor, en Verdun. (Este Santo es conocido tambien por los diversos nombres de Vano, Viton y Videno: nació